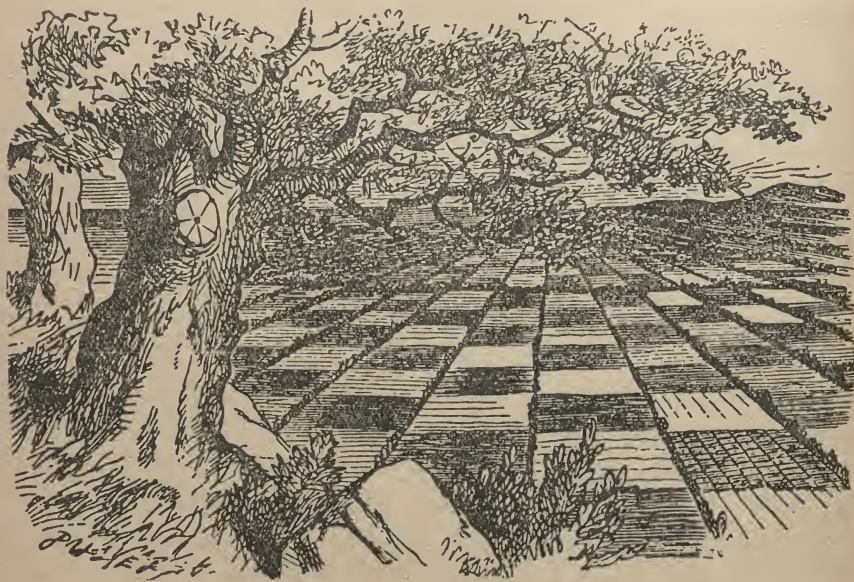


tal de participar... claro... que ser reina sería mucho mejor!

Mientras así decía miró con cierta timidez a la reina, que se sonreía placenteramente.

—Eso se puede arreglar pronto — dijo —. Puedes ser peón de la reina blanca, si tanto te gusta. Lili es aún demasiado joven para este juego. Para empezar, estás en el segundo cuadro. Cuando llegues al octavo, serás reina.

Y en este momento, sin que Alicia supiera por qué, emprendieron una desenfrenada carrera. La niña nunca comprendió, ni entonces ni después, cómo empezaron. Lo único que recordaba que la reina la llevaba de la mano y corría tanto que cada vez se hacía más difícil el seguirla. Y aún gritaba: «¡Más rápido! ¡Más rápido!». Pero Alicia comenzaba a comprender que no podía correr más y faltábale hasta el aliento para decirlo.



Lo más curioso del caso era que los árboles, y todo lo que las rodeaba, nunca cambiaban de lugar. Por mucho que corrieran nada se movía.

—¡Estoy por creer que todo corre con nosotras! — pensaba perpleja la pobre Alicia.

La reina, como si le adivinara el pensamiento, gritaba: «¡Más rápido! ¡Más rápido! ¡Y no intentes hablar!»

Alicia no tenía la menor idea de hablar. Al contrario, pareciale que no iba a poder pronunciar una palabra en su vida, y hallábase a punto de ahogarse, pero la reina gritaba siempre: «¡Más rápido! ¡Más rápido!», y la arrastraba sin piedad.

—¿Estamos cerca? — preguntó al cabo, jadeando, Alicia.

—¿Cerca? — repitió la reina —. Hace diez minutos que hemos pasado. ¡Más rápido!

Y así siguieron; el viento silbaba en los oídos de la niña, y parecía que se le llevaban el pelo.